

# LA VIDA EN LA BIBLIA

Su incidencia en la bioética

## CUESTIONES ETIMOLÓGICAS

La lengua griega utiliza dos términos para referirse a la vida: *bíos* y *zoé*. El primero de ellos, derivado del verbo *bióo* (vivir) y emparentado semánticamente con el latín *vivere*, designa las formas en que aparece y se manifiesta concretamente la vida. Hace referencia por lo general a la duración de la vida o al tiempo de la vida y, en especial, al modo particular de vida del individuo como estilo de vida o modo de vivir que supera las fronteras de cada época adquiriendo una marcada dimensión ética. Esta concepción moral aparece con claridad en Aristóteles, por ejemplo, cuando distingue entre la forma de vida centrada en el disfrute (*apolaustikós*), en la acción (*praktikós*), en la política (*politikós*) y la vida contemplativa de los filósofos (*theoretikós*).

El segundo término, *zoé*, designa la vida a secas y proviene del verbo *záo* que significa vivir la vida. Ambos se refieren a la vitalidad de la naturaleza que abarca en su conjunto la de los hombres, los animales y las plantas. En este caso, la vida se caracteriza por poseer en sí misma el origen de su propia fuerza y movimiento y, se sitúa, para los griegos, en el plano de la ciencia de la naturaleza. Se consideraba que la causa de la vida era la *psyché* (alma), estrechamente relacionada con el *sôma* (cuerpo), constituyendo entre ambas la vida natural y siendo objeto de diversa interpretación según los autores (Platón, Aristóteles). El cosmos se interpretaba también como un organismo viviente o mundo animado.

Sin embargo, lo específico de la vida humana lo veía el griego en la razón o inteligencia, el *noûs*, que viene de fuera como un elemento divino y se introduce en la vida humana situándola por encima del resto de seres vivos. Más adelante, el estoicismo acuña la expresión «vivir de acuerdo con la naturaleza» refiriéndose no a la vida natural sino a la vida según la razón o a la vida virtuosa, identificando el ser del hombre con la tarea de vivir bien (Epicteto).

## SIGNIFICADO Y VALOR DE LA VIDA

El término *vida* contiene ideas centrales del Antiguo y del Nuevo Testamento<sup>1</sup>. Designa generalmente la vitalidad de la naturaleza orgánica en su conjunto y, particularmente, la existencia del ser humano. Junto al término *muerte* constituyen las categorías fundamentales que se oponen mutuamente en todo ser viviente, refiriéndose una a la otra e interpretándose recíprocamente. En el caso del ser humano la vida no se le ha dado sólo para su transcurso temporal, sino para conformarla y realizarla libremente.

Resulta llamativo constatar que la versión de los LXX apenas utiliza el término *bíos*. Todavía escasea más en el Nuevo Testamento (sólo 11 veces) a favor de *zoé* con el que se designa la vida natural como don de Dios y lugar de comunión con él.

### La vida en el Antiguo Testamento

El israelita entiende por vida, *hayyim*, una realidad natural, vital, terrenal o de aquí abajo, y le resulta completamente extraña la concepción jerarquizada de los griegos en compartimentos estancos (cuerpo, alma y razón). Los términos *nephes* (alma) y *basar* (carne) no son de carácter analítico, como sucede en los griegos, sino afirmaciones sintéticas que se refieren a toda la vida humana bajo un determinado punto de vista. Más aún, el soplido vital de Dios, que convierte al

<sup>1</sup> Cfr. J.BAUER, «Vida», *Diccionario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 1967, 1047-1054; H-G.LINK, «Vida», en L.COENEN.-E.BEYREUTHER.-H.BIETENHARD, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, IV, Sígueme, Salamanca 1984, 354-364.

hombre en un ser vivo (Gn 2,7), no establece diferencias entre cuerpo y alma sino entre cuerpo y vida. Por tanto, la vida en su conjunto, como unidad biopsíquica, procede de Dios (Jer 17,13; Sal 36,10; 139,13ss) y se concibe primariamente en su dimensión temporal como duración, como los días de la existencia que le ha regalado a un determinado hombre Yahvé, el Señor de la vida (Gn 25,7; 47,28; Dt 32,39).

El israelita no conoce el sentimiento trágico de la vida, puesto que sólo en casos extremos de desesperación emerge el pensamiento de la muerte (Jer 20,14; Job 3,11ss), y tampoco conoce el ideal griego de una vida apartada y contemplativa (*theoretikós*). En lugar de eso la vida se realiza en el compromiso y en exteriorizaciones tan vitales como el hambre y la sed (Jc 15,18s), el odio y el amor (Gn 24; 27), el deseo y la pasión (1 Sam 1; 2 Sm 13). Se trata de un concepto que incluye la idea y la aspiración de la felicidad, o sea, va mucho más allá de la mera duración temporal y no es sólo una condición previa sino la suma de la fuerza, la firmeza, la seguridad, el bienestar y la salud. Vivir y existir no son sinónimos; la vida es más que la mera existencia e implica una idea de plenitud existencial tanto cuantitativa como cualitativamente. Es el bien supremo por el que el hombre está dispuesto a dar todo lo que posee (Job 2,4), que merece ser conservado a costa de cualquier cosa, incluso del honor, pues «vale más perro vivo que león muerto» (Ecl 9,4). El ideal más querido es la preservación y prolongación de la vida (Dt 5,16; 16,20; 30,19.21).

En la base de este amor apasionado por la vida está presente la convicción de que ella es *don de Dios*, el viviente por antonomasia (Dt 5,26; Sal 42,3; 84,3), que ama la vida (Sab 11,26), y es «la fuente de la vida» (Sal 36,10). No obstante, el punto máximo de vitalidad se alcanza cuando la relación hombre-Dios es actuada como *comuni3n*, dado que es entonces cuando el israelita llega a confesar: «tu gracia vale más que la vida» (Sal 63,4). En consecuencia, la vida en cuanto plenitud existencial se lleva a cabo eligiendo la vida misma, el hecho mismo de vivir, recorriendo el camino de la Alianza: «escoge la vida, para que vivas» (Dt 30, 15-16.19-20). Por eso puede continuar siendo un proyecto lleno de sentido en medio de dificultades, sinsabores y penurias, pues en medio de tales circunstancias la vida sigue radicada en Dios (Sal 84,11).

No es por cierto ninguna casualidad que el «árbol de la vida» (Gn 2,9) estuviera en el centro del paraíso. Significa que la vida del hombre encuentra su centro medular en Dios y que su trayectoria vital se humaniza en la medida en que se despliega girando en torno a ese centro bi3geno del que no puede disponer caprichosamente, pero que sí puede acoger como el más puro don gratuito. El autor bíblico señala cuál es la direcci3n justa para colmar el profundo deseo de vivir y de ser cada vez más él mismo, que impregna la vida de todo ser humano.

En resumen, la noci3n de vida, lejos de ser religiosamente neutra o puramente fisicista, es un concepto teol3gico que desborda los límites estrictamente biol3gicos. Ella es para Israel plenitud existencial, porque es Yahvé quien la otorga, la conserva y la prolonga, como presupuesto y parte integrante de la promesa y como comunicaci3n de su propio ser viviente (Gn 2,7).

### **La vida en el Nuevo Testamento**

La vida natural aparece como un bien inapreciable (Mc 8,37) cuando la gente solicita a Jesús que le devuelva la salud o la misma vida (Mc 5,23.35ss; Lc 7,11ss). Se concibe en categorías temporales (Lc 1,75), como algo limitado y fugaz (Act 17,28; St 4,14), pero no como un fenómeno natural sino como un acontecimiento que puede ser exitoso o lleno de fracaso (Lc 15,13) dependiendo de la cercanía o lejanía que se guarde con Dios (Lc 15,32), que es origen indiscutible de todo, Señor y síntesis de la vida (Mt 16,16; Act 17,25) y Dios de vivos (Mc 12,27).

Frente a la vida presente se halla la futura (Mc 10,30; 1 Tim 4,8), que no se consigue por medio de la inmortalidad del alma sino por la resurrecci3n de los muertos realizada por Dios (Mc

12, 26s). No es que sea infravalorada la vida terrena, al contrario, es la conducta presente la que decide la participación en la futura.

Según san Pablo, la vida está decididamente determinada por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos (1 Cor 15,4). Vivir equivale a participar de la vida imperecedera de Cristo libre y dominadora de la muerte. Ese es el indicador que señala la dirección de la nueva humanidad; Rom 5,12ss; 1 Cor 15,20ss). Por lo tanto, la vida de los cristianos no es su propia vida, sino la vida de Cristo: Cristo vive en ellos (Gál 2,20; Fil 1,21) y ellos viven la vida de Cristo (2 Cor 4,10). Además, la nueva vida del creyente se verifica en el servicio y en la responsabilidad de cada situación histórica, puesto que como vida que no se vive para sí (Rom 14,7; 2 Cor 5,15), sino para Dios o para Cristo (Rom 6,10s; 14,8; 2 Cor 15,5), conduce a un determinado tipo de comportamiento que se comprueba en el grado de seguimiento de Cristo y de reproducción vital de su imagen (Rom 8,29; Fil 2,5-11). No vivir para sí mismo equivale simultáneamente a vivir para el amor de los demás (Rom 13,8-10).

Según san Juan Cristo no es sólo la fuerza vivificadora de toda la creación (Jn 1,4), sino que es la verdadera vida (1 Jn 5,20), por el hecho de hacerse carne, pan, luz, y presentarse como «el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,6). La vida de Dios se recibe por la fe, el que cree en el Hijo tiene la vida (Jn 5,24; 1 Jn 5,12) que ya está asociada indisolublemente con la palabra, el mandato y la persona de Cristo (Jn 17,3). Es una vida que se exterioriza en la alegría y sobre todo en el amor, criterio fundamental de la verdadera vida (1 Jn 3,14) que transforma la relación con el prójimo en la única confesión apodíctica de la fe tal como ya decía Mt 25,31-46 y Lc 10,29-37. Este evangelista afirma, también, que la vida no es un valor absoluto porque puede ofrecerse por un bien superior: «nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13).

En conclusión, las aportaciones de la teología bíblica ofrecen suficientes puntos de referencia para abrirse camino en medio de los conflictos actuales y orientar la conducta moral. Ante todo la vida natural es un bello don y un regalo del Creador, que queda bajo la tutela y la responsabilidad libre de cada ser humano y que, además, ha sido asumida y ha hecho suya el mismo Cristo incluso cuando parece vacía de sentido o llena de desconcierto. La desesperación ante la vida y la negación de la vida física, tan criticada por Kierkegaard y Nietzsche contra los cristianos, debería ser una llamada de atención ante una posible falta de autenticidad evangélica.

Por otra parte, el Dios de Israel otorga a su pueblo el encargo de realizar históricamente su propia vida. Así pues, la vida significa conlleva la tarea de emprender un camino limitado temporalmente, único, que se da por una sola vez, que es irreversible y que puede alcanzar su meta o no llegar a conseguirla. No se logra nunca distanciándose de ella como espectadores pasivos, sino comprometiéndose con los seres vivos (*interesse*: estar entre), asumiendo una decidida posición a favor de los demás vivientes. La intervención concreta de Jesús para liberar la vida oprimida, que no vale la pena vivirse, impide a los cristianos la evasión hacia la pía autosuficiencia lejos del mundo o hacia un fanatismo por el más allá y les obliga, por el contrario, a sumergirse activamente allí donde está en juego la vida de cada etapa histórica. El reconocimiento del pecado no es ninguna coartada para denigrar la vida física ni el mundo terrenal.

Asimismo, el solitario no puede convertirse en regla del vivir. Lo fundamental de la vida es vivirla en comunión con todas las criaturas y en el seno de todas las dimensiones que afectan al desarrollo de la vida universal: pueblo, sociedad, iglesia, familia y biosfera. La vida posee un carácter eminentemente social y en ello se juega su propia calidad humana. Sin embargo, no se puede olvidar que las palabras de Jn 14,6 apuntan precisamente en la dirección específicamente cristiana en que hay que buscar y encontrar el sentido de la vida: la comunión con Cristo es decisiva para interpretar la experiencia de la vida a la luz de la fe. Por último, a la vida del hombre pertenece también el cuerpo y el espíritu, pero sin olvidar que la concepción bíblica no los en-

tiende como conceptos rivales, derivados del dualismo, sino como dos afirmaciones totalizadoras e interdependientes acerca del fenómeno global de la vida.

### **LA VIDA EN LA DOCTRINA RECIENTE DE LA IGLESIA**

Ante la imposibilidad de desarrollar una historia completa sobre la doctrina de la tradición católica, parece suficiente hacer una síntesis de la encíclica de *Evangelium vitae* de Juan Pablo II.

Destaca en primer lugar la rotunda afirmación de que «la vida es un bien» (34), como dato de experiencia cuyo fundamento reside en la concepción del hombre como imagen de Dios (Gn 1,26-27), que le sitúa en la cima de todos los valores creados. Por eso «el hombre que vive es la gloria de Dios» (San Ireneo) y posee una «altísima dignidad» que hunde sus raíces en el vínculo que lo une con su Creador, dado que es su icono viviente, su *alter ego*, el tú de Dios. En definitiva, la vida «es un don con el que Dios comparte algo de sí mismo con la criatura» (Ibid.).

En segundo lugar se pone de relieve que la vida no se reduce a la mera existencia en el tiempo. La vida que anuncia Jesús, como objetivo específico de su misión, tiende constantemente hacia una plenitud de comunión con Dios (37) que se adquiere en la medida en que cada uno produzca en sí mismo la imagen del Hijo (Rom 8,29) y se abra a la comunión con los demás en cuyo rostro se refleja la imagen y la gloria de Dios (Sal 8,6) (35). Así pues, la dignidad de la vida no sólo está ligada a su origen sino a su fin o destino de comunión con Dios (38).

En tercer lugar se subraya la «sacralidad de la vida», que tiene su fundamento en Dios y en su acción creadora (Gn 9,6) (39), de donde se deriva tanto su «carácter inviolable» (40) como el «cuidado y solicitud» hacia todos los seres vivos (39) (Sab 1,13-14). La inviolabilidad de la vida está protegida por el mandamiento «no matarás» (Éx 20,13) que prohíbe cualquier atentado contra la vida física, en especial la del inocente, y la obligación de no hacer daño a nadie (40). Este precepto indica un límite infranqueable que jamás se puede transgredir (54.75).

Sin embargo, el culmen de este mandamiento adquiere sentido positivo en el del amor al prójimo y en la justicia superior del sermón de la montaña (Mt 5,21-22), que se plasma en la exigencia de proteger las vidas más débiles y amenazadas y en el deber de hacerse prójimo del necesitado asumiendo la responsabilidad de su vida (Lc 10,25-37 (41.87). En suma, pasar la vida «haciendo el bien» (Act 10.38) no sólo culmina el quinto mandamiento diciendo un «no» incondicional a lo que nunca se debe hacer sino que revela la verdadera actitud ante la vida: un «sí» rotundo a promover el don, la acogida y el servicio a la vida de cada persona (41.54.75).

Finalmente, se afirma que «la vida encuentra su centro, su sentido y su plenitud cuando se entrega» (51), es decir, que la vida física «no es un valor absoluto para el creyente» (Mc 8,35; Jn 15,13) (47). Así todo, nadie puede decidir arbitrariamente entre vivir o morir, puesto que «la vida lleva escrita en sí misma de un modo indeleble su verdad» (48) que indica la dirección para salvaguardar y proteger su dignidad no sólo de manera negativa sino positiva. El hombre es señor de sí mismo y de la vida, pero no con un señorío absoluto sino «ministerial» (52). Se le ha confiado la vida como un tesoro que no se debe malgastar, como un talento a negociar.

De todo lo anterior se derivan los siguientes deberes básicos: 1º «hacerse cargo de toda la vida y de la vida de todos» (87), porque la vida humana es sagrada e inviolable en todas sus fases y manifestaciones en virtud de la concepción unitaria que caracteriza a la antropología teológica; 2º la defensa y promoción de la vida no son monopolio ni prerrogativa de nadie, tampoco de los cristianos, sino «deber y responsabilidad de todos» (27.91.101); 3º la bioética es uno de los espacios privilegiados para la reflexión, el diálogo y la colaboración entre todos los seres humanos, cuyo objetivo prioritario es caminar hacia un modelo de sociedad y de Estado cada vez más humanos (27.91.101); y 4º «¡respetar, defender, amar y servir a la vida, a toda la vida humana! ¡Sólo siguiendo este camino encontrarás justicia, desarrollo, libertad verdadera, paz y felicidad» (5).